

La diplomacia española ante la crisis
italiana de 1859

Uno de los sucesos internacionales que ejerció más influencia en la política española de mediados del siglo XIX fue el proceso de unificación de Italia. La historia de esta influencia está aun por escribir. Sin embargo, cuantos nos hemos aproximado al tema¹ nos hemos dado cuenta de que, sin tener un claro concepto de ella, no podrá comprenderse el empuje ideológico de los liberales españoles antes de la Revolución de Septiembre de 1868, ni la disgregación de los partidos políticos que sostenían el trono de Isabel II. El caso de Italia fue un estimulante particularmente activo para cuantos deseaban implantar en España un régimen político democrático y popular.

Por otra parte, el planteamiento del problema de la Unidad italiana ante las cancillerías europeas iba a significar para la diplomacia española la necesidad de definirse después de no pocos años de ausencia de las negociaciones internacionales. También desde este punto de vista el tema que hoy abordamos resulta interesante, ya que en 1859 se planteó por vez primera la disyuntiva de si España salía o no salía del aislamiento internacional a que la habían conducido, desde los tratados de Viena de 1815, sus luchas intestinas. El hecho de que tal problema no se mencione en las escasas páginas que dedicó Bécker a la diplomacia española en 1859 en su notoria obra Historia de las relaciones exteriores de España en el siglo XIX², revela que su autor concedió más importancia a los asuntos técnicos del mundo diplomático que no a la línea vertebral de la vida ideológica y sentimental del país.

Las investigaciones que hemos realizado en el Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores³ y en el Archivo Histórico Nacional⁴ han robustecido nuestra convicción de que

en la crisis italiana de 1859 también España jugó su carta. Una carta que, siendo al parecer negativa, mostraba las contradicciones internas que impedían el normal desarrollo de la vida gubernamental durante el reinado de Isabel II y ponían al descubierto la profunda debilidad del país después de treinta años de restauración absolutista, guerras civiles y frustradas experiencias revolucionarias.

. . .

Desde 20 de julio de 1858 gobernaba España el general Leopoldo O'Donnell con un equipo de personalidades distinguidas, que muy pronto se integraron en un partido que fue designado con el nombre de Unión Liberal. Pretendía ser la tercera fuerza en la política del país, dominada desde el advenimiento al trono de Isabel II por los conservadores (partido moderado) y los liberales (partido progresista). Aquéllos habían gobernado una década, de 1844 a 1854, bajo el puño de hierro casi dictatorial del general Ramón Narváez; éstos habían impuesto un breve periodo de hegemonía, de 1854 a 1856, después del levantamiento urbano de julio de 1854. El fracaso de la experiencia progresista, coincidiendo con el deslizamiento de los moderados hacia actitudes cada vez más retrógradas, hicieron ansiar una fuerza intermedia, en la que se integraran los elementos progresistas menos levantiscos y anticlericales con los elementos moderados que aun conservaban el ideal de un régimen parlamentario liberal. Tal fue la Unión Liberal, cuya constitución señaló el ápice del reinado de Isabel II en la nueva experiencia de liberalizar el gobierno y de responsabilizar a los partidarios del progreso y de la libertad. Su fracaso posterior había de implicar la ruina del trono de la soberana española.

Dadas las condiciones de su nacimiento, la Unión Liberal era un partido sujeto a profundas contradicciones internas. Las resistía por el hecho de navegar en la primera oleada del resurgimiento económico español del siglo XIX⁵. Pero los intereses

de los burgueses de la periferia diferían de la de los latifundistas andaluces y castellanos que constituían el Estado Mayor del partido, y unos y otros no estaban de acuerdo en la batallona cuestión de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Estas no se referían únicamente al aspecto espiritual, o sea al papel que cabía atribuir a la Iglesia en la conformación de la sociedad española, sino también a capitales problemas de orden material, entre los cuales el de la suerte de los bienes eclesiásticos, desamortizados por vez primera en 1836 y por segunda vez en 1855. Todo ello complicaba la labor del gobierno O'Donnell, tanto más cuanto su pensamiento discrepaba del de la Corte dominada por elementos reaccionarios. Por esta causa el problema italiano que inevitablemente se centraba en la subsistencia del poder temporal de la Santa Sede, se convertía en piedra de toque de la política global española. Mientras la Corte y el partido moderado querían evitar a toda costa cualquier modificación del statuo quo en Italia, el partido progresista y gran parte de la juventud proclamaban desde la prensa y el Parlamento la necesidad de apoyar el movimiento de unidad nacional en aquella península.

Los hechos de 1859 enfrentaron al gobierno de la Unión Liberal con la crisis que había de conducir rápida y fatalmente a la unidad de Italia. Su actitud no fue clara, moviéndose con la timidez que imponían sus contradicciones espirituales y materiales. Esta posición resalta tanto más si se tiene en cuenta la abundancia y precisión de los informes diplomáticos que le llegaban de sus embajadas en París, Viena y Turín. Las ocupaban entonces, respectivamente, Alejandro Mon, notorio economista, Luis López de la Torre Ayllón y Diego Coello Quesada. Los despachos del segundo, un veterano de la vieja escuela diplomática, son especialmente preciosos, dado que gozaba en la corte de Francisco José I de una libertad de movimientos y de una autoridad personal muy superiores a las que dimanaban de la importancia del gobierno que representaba.

Gracias a tales informes, el gobierno español supo inmedia-

tamente las repercusiones que en Viena y Turín habían provocado las palabras dirigidas por Napoleón III al embajador austriaco durante la recepción de Año Nuevo en las Tullerías. La noticia cayó como una bomba. "Siento que las relaciones entre los dos gobiernos (el de Francia y Austria) no sean tan buenas como yo quisiera"- escribía Mon el 2 de enero de 1859 al ministro de Estado. Pero de momento no se juzgó la situación como excesivamente difícil "No por eso creo llegue este gobierno abrigar el menor recelo acerca de una hostilidad más franca y abierta. Lo que sí no extrañará es verle abrigar al fin la convicción de que ya no debe contar con la alianza francesa". Estas palabras de La Torre-Ayllón⁷, concuerdan con las de Coello, aunque éste, por su proximidad al centro mismo del torbellino italiano manifestó desde el primer instante que consideraba altamente crítico el momento internacional⁸. En estos propósitos desempeñaba un papel el concepto muy difundido por aquel entonces de que Napoleón III era el campeón del orden en Europa occidental contra la democracia, el socialismo, la revolución y el desprecio a los tratados internacionales vigentes. Sólo en Viena un hombre dudaba de este mito: el anciano canciller príncipe Metternich, quien mandó llamar a Ayllón para confirmarle la realidad de unas manifestaciones hechas a un periodista belga en 1850 y republicadas entonces. "Il est habile et il ira loin. Mais il a un écueil à éviter et sur lequel il pourra se briser: je crains qu'il ne persse comme Empereur révolutionnaire. Je pense à 1831. C'est une mauvaise page dans son histoire. S'il périt comme Empereur révolutionnaire, ce sera en Italie et le jour où il séparera sa politique de la politique de l'Autriche"⁹.

Este día había llegado. Se vio claramente cuando Víctor Manuel II pronunció el 10 de enero de 1859 su famoso discurso del trono ante la Cámara Subalpina. Inmediatamente llegaron al gobierno español informes sobre la tivantez de la situación -"demasiado tirante", escribía Coello el mismo día del discurso¹⁰- e insistentes rumores sobre la posibilidad de la existencia de graves compromisos secretos entre Francia y el Piamonte¹¹

Desde aquel momento los elementos conservadores tuvieron que rectificar su criterio sobre Napoleón III. Como La Torre Ayllón, que desde Viena se lamentaba de tener que criticar a un monarca "en cuyo extraordinario tino y enérgica voluntad me complacía yo en cifrar una de las más firmes garantías de la tranquilidad de Europa"¹².

El juego de palabras había producido, en efecto, una gran conmoción en los espíritus, sobre todo en Austria y el Piamonte. La Torre Ayllón informaba continuamente sobre la alta moral del ejército austriaco, de sus mandos y del emperador Francisco José I. Existía en Viena un partido militarista, que no tenía la guerra declarada, sino la "guerra sorda" -guerra fría, diríamos ahora"- con que se amenazaba a Austria desde Francia e Italia¹³. Y en Turín el gobierno experimentaba la presión de un vasto movimiento popular que ascendía de las mismas entrañas de Italia y hermanaba a los hijos de la aristocracia y de la burguesía dorada con los proletarios de las regiones más desheradas del país. "Nunca- escribía Coello el 21 de febrero¹⁴- el movimiento de nacionalidad ha sido tan pronunciado y a la vez tan permanente cual hoy día en casi toda la Península Italiana"

. . .

Ante la posibilidad de un conflicto militar abierto, el gobierno O'Donnell envió a sus embajadores unas instrucciones (20 de enero de 1859) puntualizando la actitud de España. J. Bécker las ha considerado "claras y precisas"¹⁵. Por el contrario, revelan las preocupaciones de la Unión Liberal ante una situación minada por profundas discrepancias internas. El texto principal de tales instrucciones proclamaba la neutralidad de España ante cualquier contingencia bélica, excepto "en el caso de que se rompiesen las bases fundamentales del equilibrio europeo asentadas por el tratado de Viena". Pero aun en tal supuesto "el gabinete de Madrid no prescindiría en modo alguno de la prudente conservación de los verdaderos intere-

ses del país"¹⁶. Este texto de doble filo -que procuraba satisfacer a todo el mundo- es muy revelador de las contradicciones internas en que se debatía el gobierno O'Donnell. No fue fácil su defensa ante las Cortes de Viena y París. Sobre todo, La Torre Ayllón tuvo que soportar las agudos alfilerazos del conde de Buol quien criticó vivamente la actitud oportunista de Madrid¹⁷.

En el ánimo del gobierno de O'Donnell influyeron algunos factores de peso para proclamar su neutralidad. En el preámbulo de las instrucciones de 20 de enero de 1859 se alega, precisamente, la realidad del país, cuya riqueza era necesario rehacer después de medio siglo de luchas intestinas, y la necesidad de atender a la conservación de las Antillas españolas, sobre las cuales los Estados Unidos acechaban codiciosos¹⁸. También es posible que se pensara en las Filipinas y en una expansión hacia la Cochinchina, que, efectivamente, tuvo lugar en breve, de acuerdo con Francia. Pero tales argumentos no eran suficientes para alejar España de Europa. Así lo hizo observar Coello a O'Donnell el 13 de febrero de

1859 al escribirle que la declaración de neutralidad no cubriría todos los aspectos de la cuestión italiana. ¿Qué sucedería, en efecto, si la revolución italiana amenazaba el ducado de Parma, tan vinculado a los Borbones españoles?. La respuesta de Madrid fue clara y terminante: "si bien el gobierno de S.M. sentiría vivamente que el ducado de Parma o los de Toscana y Módena fuesen teatro de alguna demostración revolucionaria que sirviera de pretexto para encender la guerra, de ningún modo se consideraría en el caso de salir de la estricta neutralidad que se ha impuesto (decisión reservada de 23 de febrero de 1859)¹⁹.

Las decisiones del gobierno O'Donnell favorecían, desde luego, a Francia, presumible aliada de Piamonte en una guerra contra Austria, ya que la neutralidad de España despejaba de todo temor la frontera pirenaica. Sin embargo, según los informes que llegaban de sus embajadores, era Viena y no París en donde se escuchaban las notas belicistas más agudas.

El 12 de febrero de 1859 Alejandro Mon había enviado sus impresiones a Madrid después de una entrevista celebrada con el conde Walewsky y de una exploración del horizonte político y diplomático de París. "¿Quieren Vdes. la paz o la guerra?", había preguntado el ministro de Asuntos Exteriores de Napoleón III. La respuesta había sido categórica: "estamos más decididos que nunca por la paz". Y como Mon dudara de ello, Walewsky había añadido: "¿quién será el primero que se atreva a aceptar la responsabilidad de la guerra?". Por lo que Mon se creía autorizado a escribir a su gobierno que ni la Asamblea Legislativa, ni los ministros, ni el ejército deseaban un conflicto. "No se sabe -concluía- de nadie que quiera la guerra o aparezca quererla, más que del Emperador"²⁰.

En cambio, desde Viena llegaba el rumor de sables y bayonetas. El 1 de marzo La Torre Ayllón informaba a O'Donnell que no repugnaba al gobierno imperial el estallido de un con-

flicto con Francia y el Piamonte. Todos los ministros, incluso el de Hacienda, eran partidarios de una "guerra de buena ley" y que se desencadenara "antes hoy que mañana, porque mientras se está preparando para ella la Francia, para ella preparada está años hace Austria"²¹. Y quince días más tarde, continuaba insistiendo en la afirmación de que la guerra era sumamente popular en Austria y que todo estaba preparado para desencadenarla²².

Ante esta situación, el gobierno español creyó prudente hacer una nueva declaración oficial, esta vez ante el Congreso de Diputados. El 11 de marzo ratificó su actitud de neutralidad ante un eventual conflicto, pero afirmó que para España la cuestión de Italia era la cuestión de la Santa Sede y que ~~estaba~~ estaba dispuesta a mandar tropas de socorro al Papa si éste se las pedía²³. Con ello se aquietaban las exigencias de la Corte de Isabel II y del partido moderado. Pero la posición diplomática de España no había mejorado ni un ápice.

Al contrario. Como es sabido muy pronto se planteó la posibilidad de solventar las dificultades en Italia por un Congreso europeo. La misión de lord Colwey (comienzos de marzo) reveló al gobierno de Francisco José I que si los ingleses estaban "furieux pour la paix"²⁴, no deseaban que adoptara una actitud agresiva²⁵. Estas indicaciones, sumadas a las reticencias de Berlín y a la estocada diplomática de Rusia, que quería vengarse de cualquier modo de la inhibición de Austria en el pasado conflicto de Crimea, obligaron a Viena a aceptar la propuesta anglorrusa, formulada el 21 de marzo, de reunir un Congreso de las Grandes Potencias para poner término a la amenaza de una guerra en Italia.

El gobierno español debió abrigar pocas dudas sobre el éxito de este Congreso. Sobre este particular poseía preciosos informes de La Torre Ayllón. Este le había comunicado el 29 de marzo que el Gabinete Imperial había aceptado a regañadientes la propuesta del embajador ruso Balavin, y aun con fuerte oposición del baron de Bach y del general conde de Grüne. Los argumentos que se utilizaron para oponerse al Congreso eran de índole militar y psicológica: mientras Austria estaba ~~en~~ preparada para la

guerra, Francia no tendría ultimada su movilización hasta finales de junio y aun tardaría tres semanas en llevar 150.000 hombres al Piamonte; y, además, durante este intervalo podría enfriarse el "patriotismo" alemán. Pero le fue preciso acceder para no hacerse culpable de agresión²⁶. A pesar de ello, continuaba latente la amenaza de guerra, dadas las condiciones de paroxismo nervioso que imperaban en Viena. Ayllón refiere que el 2 de abril halló al conde de Buol literalmente obsesionado. Repetía: "Il nous faut le désarmement (del Piamonte); un désarmement immédiat". No creía que Cavour pudiera dominar la situación revolucionaria que él mismo había creado en Italia. "C'est un abcès qui forcément crèvera". Finalmente, resumió la entrevista con una frase reveladora: "Desengáñese Usted. Al punto en que han llegado las cosas, no hallo, para decir en una palabra toda la verdad, más salida que la guerra". Era la tarde del 12. de abril de 1859²⁷.

Tampoco las noticias que llegaban al gobierno español desde Turín eran más halagüeñas. Coello advertía a Madrid el 2 de abril que era muy difícil hallar una solución al problema planteado en Italia sin un cambio de política en el Piamonte o grandes concesiones por parte de Austria²⁸. Ambas cosas no podían ni tan siquiera soñarse. Una febril exaltación patriótica reinaba en Turín. "He dicho a V.E. en mis anteriores comunicaciones, que si bien entre esta emigración había muchos proletarios, también encerraba en su seno los nombres más distinguidos de Milán, Venecia, Parma, Pavía y Módena. Hoy debo añadirle que han llegado jóvenes de las familias más aristocráticas de Florencia y Roma"²⁹. Y, además, el ambiente de la Corte tampoco era favorable a las concesiones. El 7 de abril Coello habló con el propio Víctor Manuel II. "Este soberano - informaba el embajador al día siguiente³⁰ - no cree en el éxito favorable del Congreso y visiblemente desea la guerra para la cual dice hallarse preparado y resuelto. No es posible hacerse ilusiones sobre esto. El rey, como carácter más franco y abierto, dice lo que el conde de Cavour deja adivinar".

Pero, mientras tanto, la diplomacia europea continuaba jugando al Congreso. Nadie sabía donde iba a celebrarse: si en París, Viena o Aquisgrán. Nadie sabía de lo que iba a tratarse concretamente. Por lo que respecta a España, su nombre no había figurado en absoluto en la lista de sus posibles miembros. Alejandro Mon hizo una visita a Walewskiⁱ para sondear el ánimo de Francia sobre la posible intervención del gobierno de Madrid en el futuro Congreso. Para dar base a su demanda se refirió al tratado de Viena, que había sido firmado por España. El ministro de Napoleón III le contestó secamente: "No se trata de nada que se refiera al Congreso de Viena ni de alterar nada de lo en él estipulado". Entonces Mon atacó de flanco, refiriéndose a la situación del Papado. Preguntó: "Y ¿qué van Vdes. a hacer con el Papa? Nosotros, los católicos, tenemos que vigilar sobre todo lo que pueda tener relación con el jefe de nuestra Iglesia". Walewskiⁱ contestó que "para esto" España podría asistir a la Conferencia proyectada. Después de la entrevista Mon se hacía amargas reflexiones. España había renunciado a todo derecho en relación con el Congreso de Viena al no participar en la Conferencia de Londres de 1831 sobre Bélgica³⁴ y ahora se hallaba peligrosamente aislada. La crisis italiana, en efecto, evidenciaba el aislamiento internacional de España. Pero lo que resulta⁺ sorprendente es que el propio gobierno de Madrid se aferrara a esta deplorable situación, excusándose de tomar cualquier decisión concreta "ante un estado de cosas tan indefinido y tan susceptible de modificaciones continuas" (10 de abril de 1859)³². En realidad, ¿qué podía hacer? Mon contestaba esta pregunta en un luminoso informe redactado el 18 de abril. Si la más "prudente resolución" era el aislamiento completo, no podía olvidarse que "los individuos, como los pueblos, no viven solos en el mundo". España debía ocupar un lugar en el concierto europeo. Su "decoro" lo exigía. Pero corría el peligro de recibir una negativa "que pudiera ofender nuestra dignidad y rebajarnos a los ojos del mundo". Aunque también pudiera acaecer otro riesgo: "que en lugar de ser repelidos

seamos acariciados por las dos naciones que más influyen en el mundo"³³.

Es posible que Mon intentara preparar al gobierno de Madrid para aceptar una alianza con Francia. Walewski le había dicho que si España salía de su neutralidad, caería del lado de su vecina³⁴. Pero para ello se necesitaba tiempo. Y las cosas en Europa marcharon con una precipitación vertiginosa. Tan rápida que incluso sorprendió al bien enterado embajador La Torre Ayllón, el cual había abandonado Viena el 12 de abril para atender una misión que le aguardaba en Bayona. No esperaba, sin duda, el ultimátum austriaco del 23 de abril, el hecho irreparable que, situando el Imperio de los Habsburgos como nación agresora, iba a permitir a Francia auxiliar al Piamonte sin tener preocupación alguna por las decisiones de Inglaterra, Prusia o Rusia. Cuando Ayllón regresó a Viena el 3 de mayo no ocultó su íntimo pensamiento sobre el responsable de aquel gesto: "atribuí y atribuyo todavía tan y para muchos inesperada resolución a algún pronto del Emperador Francisco José"³⁵. El partido de la guerra había hecho cometer al soberano de Austria dos equivocaciones: la de menospreciar el ambiente internacional y el valor militar de sus contrincantes.

La guerra no hizo variar el criterio del gobierno O'Donnell. Moviéndose con una lentitud que no aconsejaban las circunstancias exteriores, aunque sí las contradicciones internas, esperó el resultado de los primeros choques militares para decidir su actitud. Incluso no dijo esta boca es mía cuando el ejército sardo se instaló en el ducado de Parma (principios de junio de 1859), a pesar de los lazos que unían a sus soberanos con Isabel II y de las incitaciones del embajador Mon para regularizar la situación del ducado, del que resultaba ser ministro plenipotenciario en París³⁶. Es muy posible sospechar que el gobierno de la Unión Liberal estuviera de corazón al lado de los piamonteses y de cuantos luchaban por la unidad italiana: por lo menos, dejó que la propaganda en favor de Italia cubriera España y que unos jóvenes entusiastas corrieran al Piamonte para empuñar las armas

al lado de Garibaldi³⁷. Pero oficialmente era neutral (aunque el Estado Mayor austriaco se negó a admitir a oficiales españoles como observadores). Y así se apresuró a confirmarlo después de la batalla de Magenta. En una circular expedida el 18 de junio declaró que España reafirmaba su neutralidad; en otra del 20 del mismo mes hizo reserva explícita de los derechos de los soberanos de Parma sobre su ducado, y en una tercera del 25 manifestó su voluntad de apoyar la causa de la Santa Sede si la revolución amenazaba sus Estados.

Tales declaraciones llegaron a las capitales europeas en el mismo momento en que el telégrafo anunciaba la victoria de Solferino. Por esta causa, el embajador Mon creyó prudente solicitar de su gobierno que no diera lectura de la circular del día 18 a causa de su evidente falta de oportunidad³⁸. Recibió órdenes concretas de hacerlo. Seguramente porque encerraba un párrafo importante: "sólo en el caso de que el Santo Padre fuera molestado en sus derechos prescindiríamos de la neutralidad". Este era el aspecto capital de la cuestión. Y ella motivó la Real Orden de 25 de junio de 1859 por la que Isabel II intimaba al gobierno francés a respetar los derechos temporales y espirituales del Papado y a procurar la reunión de una conferencia de las Potencias católicas en caso de que la Santa Sede se sintiera amenazada por los revolucionarios³⁹.

Preocupaciones exclusivas de este género impidieron que el gobierno de la Unión Liberal hiciera un papel más airoso durante la crisis italiana de 1859. Sobre todo, impidieron que España saliera de su equívoca postura de neutralidad. Después de la pérdida de su imperio en América, España había de practicar una política en Europa: reaccionaria o liberal, pero una política. Alejandro Mon lo advertía el 2 de julio, después de la victoria de Solferino. No podemos -decía- negar la realidad del momento. "No debemos aislarnos en un rincón del mundo"⁴⁰. Pero sus consejos no fueron escuchados. España había de permanecer neutral y aislada durante más de un siglo todavía. ^{No obstante,} ~~pero~~ pese a la neutralidad del gobierno, el país había recibido un impacto moral considerable. De la polémica

ca sobre la guerra de Italia surgiría la generación que habría de derribar el trono de Isabel II y llevar al trono de España a un Saboya.